



EL CURA PAREJA

D. Ramón Pareja Romero

EL cura Pareja, sacerdote cuyo recuerdo perdura en la memoria de los antiguos alcazareños, por su carácter campechano, su generosidad y su simpatía.

Nació el 31 de Agosto de 1840 y murió el 16 de Agosto de 1898 en la casa de la Peñaranda, de la calle de Santo Domingo, donde vivía, unos momentos después de celebrar la Santa Misa.

Tuvo una voz privilegiada que le dió justa fama en todos los actos del culto, haciendo que el pueblo se agolpara para escucharle y como consecuencia—¡oh flaquezas humanas!—tuvo que soportar las envidias que le proporcionaron muchos disgustos, hasta el punto de que una vez, buscando el bonete, fué a dar con él en cierto lugar excusado y retó tan enérgicamente a los autores, que se ausentaron temerosos. Por eso se hicieron tantas conjeturas sobre la causa de su muerte, en un alarde de fantasía dieciochesca.

Fué un hombre de carácter abierto y de una simpatía arrolladora a prueba de las miserias pueblerinas, que no obstante reconocieron siempre las relevantes prendas de D. Ramón; amigo de la broma honesta, asistía con D. Magdaleno y Manzaneque a las sesiones de guitarra y merienda y en cualquier casa del pueblo era acogido con amor y sentido a la mesa, si llegaba a tiempo. Era un alcazareño integral; sencillo hasta la llaneza, bueno, desprendido, contento de su pobreza, tolerante y enamorado de las virtudes cristianas sin mojigatería.

Su muerte dejó una estela de sentimiento tan grande, que no ha logrado extinguirse, pues todavía hay quien dice: «¡Ah, D. Ramón Pareja, qué hombre!».

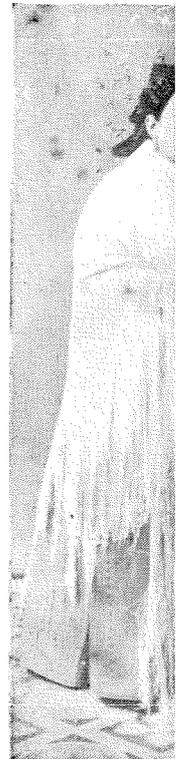
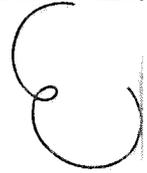
Doña Enriqueta Sáinz Pardo, "La Pantoja"

LA gran humanidad de Doña Enriqueta empequeñecía todo cuanto la rodeaba, contribuyendo al efecto dicho la circunstancia de que siempre se la viera sentada en un gran sillón, porque grande tenía que ser a la fuerza el que alojara el cuerpo más pesado que se ha conocido por estas latitudes. Sentada en su comedor era una parte, la principal, y todo lo demás, otra.

No se puede hablar de «La Pantoja» sin pensar en su época y en los modos de su época, opulentos, abigarrados, de un barroquismo integral. Las señoronas se caracterizaban por su gordura, por su altura, que parecía acrecer con la elevación del talle, por su altivez favorecida por el ceñido y rígido corset, por el acumulo de joyas, por la amplitud de sus vestidos, por su desenvoltura de palabra y ademanes, dentro de la corrección, por su ampulosidad, en fin.

Localmente fué «La Pantoja» una representación de todo ello. Se pasó la vida luchando contra la gordura, tal vez en forma más aparente que real y desde luego sin que se pusiera en vigor un recurso cuya eficacia nos llenó posteriormente de asombro: la moda. Al cambiar el tipo de mujer, al no llevarse las formas opulentas, nos produjo y sigue pro-

Medo
alcazar



Aunque D^a Enriqueta, tuvo también